

# LLANTO EN LA MUERTE DE UN MUCHACHO NEGRO

Mario Briceño-Iragorry

MAMIE BRADLEY, llora, llora tu negro destino. Tus lágrimas copiosas harán de ti una solemne Niobe de basalto. Frente a la quemante caja que guarda los despojos del pobre Emmet Till –rescatado con dificultad de las aguas del Tallahatchie sonoro– eres, en realidad, viva estatua del dolor. Wilde hubiera dicho que eres la estatua del dolor que dura eternamente. Lloras con transida amargura de madre y con espantoso dolor de víctima innominada de la crueldad de los hombres. De fuego son las lágrimas que saltan tanto de tu herido corazón de madre como de tu vulnerada condición racional.

En tu llanto, Mamie Bradley, se conjuga el más amargo dolor humano con el más claro, dulce, noble, sentimiento de mujer. Eres la madre desolada que sufre por el hijo sacrificado injustamente, y eres la raza, tu pobre raza negra, que llora un destino sombrío.

Una vez más, Mamie Bradley, la petulancia agresiva del hombre blanco se ceba en la carne sufrida de la raza irredenta. Tu pobre Emmet Till miró – miró apenas! – con ardiente mirada de quince años, a una mujer blanca, y los hermanos de la mujer incitante vengaron sobre sobre su cuerpo de muchacho inerte la estridencia con que acompañó la mirada irreverente. Junto a este crimen se alza, además, otro crimen de mayor resonancia. La comunidad blanca de Summer, en Mississipi, está armando trampa para que no se haga

justicia en el caso de tu hijo. Los jueces, Mamie Bradley, son puntillosos señores blancos, que niegan a tu raza los derechos fundamentales de la criatura humana.

En la noche de tu dolor –doble noche de dolor del negro–, tú seguramente, salmodiarás, Mamie Bradley, en medio de la negra sombra de su comunidad adolorida, canciones sin esperanza y desoladas por donde se evade el dolor de tu raza perseguida. Al cielo elevarás la voz cargada de inquietantes preguntas:

*Didn't my Lord deliver Daniel?*

*an'why not ebery man?*

*He delivered Daniel from de lion's den,*

*Jonah from de belly of the wale,*

*An'de Hebrew chillum from de fiery furnace,*

*an'why not ebery man?*

Dios sí creó a tu raza para gozar la libertad, oh, Mamie Bradley, pero los intendentes de Dios, los hombres que se dicen encargados de velar por la libertad y la dignidad de sus semejantes, no han querido cumplir el mandato divino. Tus abuelos, Mamie Bradley, llevaron cadenas a los pies y fueron herrados como bestias en la nalga. Tus abuelos trabajaban a sol y agua, bajo duro látigo, para enriquecer al engréido y presuntuoso blanco. Los descendientes de los dueños de esclavos no perdonan a tu

raza, Mamie Bradley, la seguridad de que hoy goza para contratar libremente el trabajo que necesita la industria blanca. El hombre blanco no puede atentar en América contra vuestra bien ganada libertad. (Duele a nuestra vocación de libertad que en otras regiones del mundo, hombres y mujeres sean vendidos aún como ganado en los mercados). La libertad que no se os puede regatear, la traba para su ejercicio el hombre blanco. Escudado en egoístas y absurdos principios racistas, vuestro enemigo ha fraguado una conciencia de desigualdad, que destruye la esencia de vuestra dignidad humana. El resentimiento del abolido señor frente a vuestra libertad civil, mantiene vivo el odio y el desprecio hacia vuestra comunidad atropellada.

Tus quejas, tus lamentos, tus sollozos, Mamie Bradley, juntan en tu inmenso y reciente dolor de madre, el dolor profundo y viejo de tu raza. Cuando por tu hijo linchado lloras frescas y tiernas lágrimas, lloras, también, lágrimas amargas, que tienen siglos de retención en la enjuta cuenca de todos los ojos, de abismática blancura, de los negros y las negras del mundo. Más que los otros negros, sufrís vosotros, los negros de la América del Norte. Vuestra comunidad, Mamie Bradley, está enmarcada en un maravilloso cuadro humano, cuya técnica, cuya riqueza, cuyo poder lo lleva a preciarse de ser hoy el más celoso, el más fuerte y el más temido guardián de la civilización cristiana. Sin embargo, en medio del régimen jurídico de esa gran nación – tan grande y respetada como en la antiugüedad fue la Roma de los Césares – se perpetúa un sistema de vida que hace la vista gorda ante crímenes como el que ha dejado sin vida a tú infeliz muchacho de quince años, golpeado y asesinado por haber puesto los ojos cargados de deseo sobre una mujer de raza blanca.

Mientras tú lloras, ninguna protesta humana se levantará fuera de tu adolorido mundo de color. Sólo sufre contigo, Mamie Bradley, la comunidad de tu pueblo negro. Contigo lloran los hombres y las mujeres que

por ser negros se ven vejados y atropellados en la Universidades, en los teatros, en los tranvías, en los hoteles, en los mismos templos del Señor. Lloran contigo las muchachas de opulentas formas, que se saben menospreciadas aun por la exaltada cocupiscencia de los hombres blancos. Contigo están llorando los muchachos humildes y ardientes que miran a distancia insalvable el dulce y romántico rostro de una blanca muchacha. También, junto a las tuyas derrama sus lágrimas el niño asustado y perplejo que recibe un puntapié o un bastonazo cuando en el parque se atreve a tocar el juguete de los niños blancos.

No hay comprensión ni justicia para tu pena, ¡oh, Mamie Bradley! Hace ya mucho tiempo que, sin haber subido al Norte, en las playas del Caribe, san Pedro Claver murió de los dolores de tu raza. Abraham Lincoln pagó con un balazo en la cabeza iluminada de prodigios, el crimen de haber sacado a vuestros padres de los duros cepos donde los mantenían los soberbios terratenientes del Sur. Vuestros sufrimientos, vuestros dolores, vuestra miseria no son sentidos por los hombres que se dicen marcados con el signo de la justicia. Vuestro dolor, en cambio, tiene una extraordinaria dignidad que se encumbra sobre la soberbia de vuestros opresores sin conciencia. A través del “mysterium doloris” estáis fuertemente anudados a las entrañas de Cristo. Mientras tanto, los que niegan el valor humano de vuestras vidas, niegan y contradicen la autenticidad del cristianismo. Integran ellos los huestes sánicas que han levantado el estandarte del hombre contra el hombre y, con su conducta pecaminosa, llaman contra sí mismos y contra su sistema la rebelión de los hombres que buscan el orden de la justicia.

Emmet Till, tu infortunado hijo, está en el Cielo ya, ¡oh, Mamie Bradley! Cuando era pequeñito lo dormían con voz transida de esperanza, al son de cantares impregnados del dolor de tu raza.

When I get to heab'n, I'm goin'to put on my shoes.

I'm goin' to walk all over God's  
heab'n,

Heab'n heab'n;

Everybody talkin'bout heab'n ain't  
goin'dar,

Heab'n heab'n

I'm goint' to walk all over God's  
heab'n.

por un luminoso arcángel de rubios cabellos  
y maravillosos ojos azules! ...

Septiembre de 1955.

Así es. No van al Cielo todos los que del Cielo hablan, pero Emmet Till, tu buen muchacho, de ojos curiosos y cargados de lejanía, camina ya con sus zapatos nuevos, a través de las plazas, de las calles, de los parques, de los palacios de la gran ciudad de Dios... ¡Cómo se siente libre Emmet Till! se mira igual a todos los demás muchachos y muchachas!...

¡No llores, Mamie Bradley, por la suerte de Emmet Till! Sosiega tus lágrimas santas de madre crucificada. Lloro, en cambio, con la severa dignidad que te transfiere tu dolor, por los hombres que asesinaron a Emmet Till. Sentirás cómo es dulce, reparador y saludable pedir por los verdugos. Lloro, también, por los jueces que evaden el castigo de los criminales. Lloro, lloro siempre por los hombres blancos que se obstinan en mantener sobre el mundo el reinado de la injusticia y del terror. Emmet Till, tu hijo sin fortuna en la tierra, ganó ya los dominios del Cielo. Sabe ahora Emmet Till que todos los hijos de Dios tienen derecho a poseer iguales zapatos para caminar libremente por todos los caminos del mundo universo.

Lloro, Mamie Bradley, lloro sin cesar la angustia y el destino de tu raza. Tu imagen ensombrecida, como letra historiada en la página del libro de la Justicia, iluminará algún día el corazón duro de los hombres que niegan a los negros la igualdad de oportunidades a que tienen derecho como hijos de Dios. Por Emmet Till, tu hijo sin ventura en este mundo, no llores más, Mamie Bradley. Tu hijo ya alcanzó la igualdad suprema. ¡Si vieras cómo se pasea, sonreído y ágil, en medio de ancho prado de rosas y de lirios, llevado de la mano